

complacer á Dios; pero amado por Dios, por respeto á Dios, en unión con Dios; de suerte que si ese prójimo amado nos hiciera, no digamos *olvidar totalmente á Dios*, sino *dejar voluntariamente á Dios* un solo instante y violar con deliberación, siquiera sea en materia leve, un mandamiento de Dios, tal *amor sería culpable*.

Este mandamiento obliga á todos los cristianos, á todos sin excepción; el discípulo de Jesucristo debe poder decir con toda sinceridad siempre, en todo tiempo y á toda hora: *Dios mío, os amo con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas y sobre todas las cosas*. Mas los que viven en el mundo, ¡cuántas dificultades no encuentran para cumplir este deber *del amor de Dios sobre todas las cosas*, aun en lo que es de rigurosísima obligación!

Precisamente porque habéis comprendido las dificultades que nacen del aliciente de las criaturas y de la debilidad de vuestro corazón, vosotras, almas más generosas que las demás, y también más amadas de Dios, habéis dejado el mundo y os habéis encerrado en la soledad para cumplir en toda su extensión el precepto del amor de Dios y del prójimo; y para *inhabilitaros de poder amar nunca á otro fuera de El*, os habéis querido ligar con los más fuertes lazos, cuales son los *votos de religión*.

Para haceros comprender en toda su extensión, en toda su grandeza, en toda su hermosura esta dulce *obligación de amar á Dios*, escribimos estas humildes páginas ante una imagen de Jesús crucificado por nuestro amor.

Vamos á tratar separadamente de la obligación de amar á Dios y de amar al prójimo, sobre todo en lo que tiene de especial para las religiosas, y expondremos:

- 1.º Los motivos del amor debido á Dios y al prójimo.
- 2.º Los caracteres del amor debido á Dios y al prójimo.
- 3.º La práctica del amor de Dios y del amor del prójimo.
- 4.º Las recompensas del amor á Dios y al prójimo.

CAPÍTULO PRIMERO

LA RELIGIOSA DEBE AMAR Á DIOS

ARTÍCULO PRIMERO

Motivos del amor debido á Dios.

La religiosa debe amar á Dios:

- 1.º *Porque Dios lo merece por sí mismo.*
- 2.º *Porque Dios ha sido bueno con ella.*
- 3.º *En fin, porque es religiosa.*

I

Dios merece que le ames.

Dios merece que le ames porque es el *bien supremo*.

¡*Bien supremo!*, es decir, que posee todas

las perfecciones en el más alto grado posible, que las posee de sí mismo y por sí mismo, y que sus perfecciones son *infinitas* en número, *ilimitadas* en extensión, *inagotables* en sus manifestaciones.

¡*Bien supremo!*, es decir, sér infinito, inmenso, eterno; infinitamente superior á toda perfección, á toda excelencia, á toda grandeza concebible á un espíritu creado; superior á toda sustancia, á todo poder, á toda sabiduría, á toda luz, á toda belleza, á toda santidad, á toda justicia, á toda bondad, á toda beatitud, á toda gloria, ¡de suerte que Dios no es, propiamente hablando, *nada de todo esto*, sino que es *infinitamente más grande, más elevado, más bello, más excelente que todo esto!*

¡*Bien supremo!*, es decir, que lo posee *todo* por sí mismo; de suerte que ni en el cielo, ni en la tierra, ni en ningún ángel, ni en ningún hombre, ni en ninguna criatura, por muy grande y muy elevada que sea, ni aún en la misma Santísima Virgen, hay *un solo bien* que no venga de Dios; de suerte que todo lo que yo llamo *bien* en las criaturas, no es más que una gracia de Dios; todo lo que llamo *bondad*, no es más que un rayo salido del corazón de Dios; todo lo que llamo *belleza*, no es más que un reflejo de la gloria de Dios; todo lo que llamo *santidad*, no es más que una imagen muy débil de la santidad de Dios (1)!

(1) Si encontráis acá en la tierra *la grandeza y la majestad*, están en Dios; *la vida y la fecundidad*, están en Dios; *la inteligencia y la sabiduría*, están en Dios; *el poder*

¡*Bien supremo!*, es decir, tesoro infinito é inagotable de todo bien; que está derramando *continuamente*, pero sin jamás disminuirse ni empobrecerse; derramando, digámoslo así, *necesariamente*, pero sin coacción, y por efecto de su naturaleza, que siendo el *bien por excelencia*, es por sí misma generosa, comunicativa, *difusa* como dicen los teólogos; derramando la vida, la fuerza, la belleza, la misericordia, la luz, así como una fuente que está siempre vertiendo sus aguas límpidas y, sin embargo, permanece siempre redundante y siempre fecunda; derramando todo esto sobre las criaturas que tienen su origen en El, y que reciben del divino tesoro cada cual según las necesidades de su naturaleza; pero las derrama algunas veces con tal profusión, que el alma que se llega á El por la inocencia y la oración, el alma que se une á El por el amor, queda tan colmada de luz, de gracia, de paz, que parece no ser más que *uno* con Dios!

Dejad, dejad á vuestra inteligencia, á vuestra imaginación, á vuestro corazón, dejadlos exaltarse cuanto sea posible. Todo cuanto grande y bello hubiereis creado; todo cuanto noble y puro hubiereis amado; todo cuanto bueno, compasivo, generoso, misericordioso os hubiereis deseado....., todo eso purgado de toda imperfección, elevadlo más alto que la

y *la libertad*, están en Dios; *la justicia, la caridad, la benevolencia, la misericordia*, están en Dios; todos los bienes imaginables están en Dios: *Bonus est Deus et omnibonus et superbonus.* (P. Monsabré.)

tierra, elevadlo hasta lo infinito, y empezareis á comprender lo que es Dios!

¡Oh! ¡si pudiéramos transcribir aquí las hermosas páginas que han escrito los santos sobre el sér de Dios, sobre la santidad, sobre la grandeza, sobre la amabilidad divina (1)! Y, sobre todo, ¡si pudiéramos haceros sentir lo que ellos han sentido, y haceros ver lo que ellos han visto! Os diremos únicamente, á vosotras religiosas, que, por lo mismo que sois religiosas, habéis sido cautivadas por el amor de Dios; y tenéis luces especiales para conocer á Dios: id delante del Santísimo Sacramento, y de rodillas repetid muy despacio estas palabras del *Gloria in excelsis*: *Tu solus Deus! Tu solus Dominus! Tu solus altissimus! Laudamus te! Benedicimus te! Adoramus te! Glorificamus te! Gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam!* Y lo que sintáis, si es puro vuestro corazón, os dirá mejor que toda humana palabra lo que es Dios en sí mismo.

No es posible hablar de este Dios tan grande, tan santo, tan bueno, sin sentirse arrastrado á amarle. ¿Acaso el espíritu y el corazón no se sienten forzosamente atraídos y arrebatados por la belleza y por la bondad?

(1) Indicamos sólo este texto de san Agustín: *Tu es, Domine, summa essentia, summa vita, summa salus, summa veritas, summa bonitas, summa aeternitas, summa magnitudo, summa pulchritudo, summa beatitudo, summa immortalitas, summa unitas, summum bonum in quo omnia bona continentur, imo quod est omne et unum et totum et solum bonum!*

Para amar á Dios basta pensar en El y entrever algo de lo que es.

II

Las bondades de Dios exigen que le ames.

Dios merece que le ames porque *ha sido bueno, infinitamente bueno para ti.*

Aquí sólo indicaremos las bondades divinas que se han manifestado en tu vocación, y te diremos: *Dios debe ser el objeto de tu amor porque te ha llamado á la vida religiosa, y para esto ha debido prodigar milagros de infinita bondad.*

Bondad para *elegirte* entre otras muchas jóvenes que conoces, y que, por ventura, eran más piadosas que tú. ¿Por qué á *ti* más bien que á *otra*? ¿Qué cosa grande y buena has hecho? ¿En qué puedes ser útil á Dios mejor que otra?

Bondad para *solicitarte*; tú no entendías la voz de Dios, la rechazabas quizá como una voz importuna, y este combate entre el amor de Dios y tu resistencia ha durado quizá largos años; para vencerla, Dios ha tenido que hacer milagros. Observa si en tu vida de joven no hay algunos sucesos extraordinarios que por sí solos han podido decidirte á dejar á tus padres, á renunciar á un proyecto que acariciabas en tu corazón.

Bondad para *confiarte* al celo de un sacerdote piadoso—haciéndole, por ventura, venir de otra parte sólo para ti,— á quien has des-

animado muchas veces por tu poca generosidad, y á quien Dios ha sostenido siempre por una gracia especial.

Bondad para *esperarte*. Dios no se cansaba; y como no quería forzar tu voluntad, ha estado esperando á que, vencida por la gracia, y en cierta manera no pudiendo más, le dijeras: *¡Me rindo, heme aquí!*

Bondad para *perdonarte*. Acaso hayas cometido más pecados que la mayor parte de tus compañeras, á las cuales Dios no ha llamado; ¡quién sabe si con tus resistencias á la voz que te llamaba te habrás expuesto de propósito á peligro de pecar gravemente, pensando que Dios te dejaría en paz! Todo esto Dios lo ha perdonado.

Bondad para *preservar* tu inocencia en medio de todos los peligros que podían perderte. ¿Te acuerdas ahora de todos aquellos peligros que entonces te causaban tan poco temor? Peligros en las *amistades* que hubieran podido cautivarte, en las *conversaciones* que hubieran podido pervertirte; peligros en las *ocasiones* que hubieran podido hacerte vacilar, en los *ejemplos* que te hubieran arrastrado; peligros en el *lujo* que podía enervarte, en los *espectáculos* que podían afeminarte, en los *placeres* que podían contaminarte.

¡Oh! ¿no es verdad, hermana, que Dios ha sido muy bueno para ti antes de tu entrada en religión, y que debes amarle más que ninguna?

Dirige después una rápida mirada á las innumerables gracias que se te han prodigado en esta casa de Dios desde que eres religiosa.

Gracias de luces que te revelan la grandeza, y al mismo tiempo la dulzura de tus obligaciones y de tus esperanzas; las recompensas que Dios reserva á los sacrificios; las paternas bondades que Dios te prodiga á cada minuto.

Gracias de consejos, que Dios pone especialmente para ti en los labios de tus superiores cuando vas á ellos; en los labios de tus compañeras, aun cuando ellas sólo piensen en reconvenirte ó te respondan con palabras indiferentes; y, sobre todo, en los labios de tu *director*, á quien El mismo ha confiado la dirección de tu conciencia, y á quien tanto más ilustra con sus luces cuanto mayor es el espíritu de fe con que acudes á El. ¡Oh! ¡Cuán preciosa es esta gracia si supieras comprenderla bien, y si cada vez que te acercas á tu superiora ó á tu confesor, te dijeras: *¡Dios es quien va á habírmela!*

Gracias de recogimiento, que defendiéndote de la disipación del mundo, y haciéndote entrar dentro de ti misma, te hacen comprender la felicidad de la oración, del rezo, de la santa comunión, del pensamiento habitual de la presencia de Dios.

Gracias de vigilancia que recibes casi á cada hora del día, advirtiéndote que Dios te ve, que la campana es su señal, que las órdenes de tu superiora son sus órdenes, que tal conversación te disiparía, que tal afecto empañaría la pureza de tu alma.

Gracias de buenos ejemplos, que te sostienen, te animan, te estimulan, te contienen sobre todo. Cuando ves á tus compañeras, al-

gunas debilitadas por la edad y las enfermedades, tan asiduas al rezo, tan puntuales al primer sonido de la campana, ¿cómo te atreves á ser negligente? Cuando observas que algunas compañeras de temperamento más delicado que el tuyo no murmuran jamás del alimento, ó de la pobreza de su celda, ¿cómo osas tú soltar ni la más leve queja? Cuando, por último, ves que antiguas superiores se someten á pedir permiso, aun para cosas muy pequeñas, ¿cómo osas tú sustraerte á la obediencia?

Gracias de remordimientos, en fin, la más útil de las gracias, que no te permite estar impunemente ni un solo instante lejos del buen Dios; que te persigue en todas partes desde que te has permitido la más ligera falta voluntaria, y que acaba siempre,—á menos que, habiendo luchado largos meses contra tu conciencia, hayas conseguido imponerle silencio—acaba por conducirte humilde y arrepentida á los pies de tu superiora para decirle: *Quiero empezar de nuevo á ser santa.*

¡Oh! Permíteme que te repita una vez más: ¿no es verdad que Dios es *muy bueno* para ti, y que debes amarle con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas?

«Porque, después de todo, lo que nos debe causar admiración, dice el P. Fáber, no es que Dios nos ame con tal extremo, sino simplemente que *nos tenga amor*. Si consideramos lo que El es y lo que nosotros somos, ¿hallaremos ni un solo derecho á su amor? ¿Qué cosa hay menos amable, menos generosa y más ingrata que nosotros? Y, sin embargo, Dios nos ama, y

nos ama con exceso.... Amontona los beneficios sobre nuestras cabezas hasta que nos ve agobiados, por decirlo así, bajo su peso. Añade gracias á gracias hasta el punto de que en vano intentaríamos contarlas. Su ternura y su misericordia se renuevan para nosotros todas las mañanas, y después de todos estos favores en la tierra nos prepara en el cielo tal recompensa, como nunca la han visto los ojos, ni la han oído las orejas, ni el corazón ha podido jamás concebirla semejante.»

¡Oh Dios mío! ¡Cuán ingratos seríamos, cuán malos y empedernidos, si no os amáramos!

III

El título de religiosa exige que ames á Dios.

Dios merece que le ames *porque eres religiosa*.

Ser religiosa es, según el más estricto sentido de la palabra, estar *ligada de nuevo* á Dios, unida á Dios con un nuevo lazo.

Lo que *une* entre sí á los seres racionales, es la *palabra* que mutuamente se dan. Esta palabra constituye un *contrato*, un *compromiso* y forma el lazo que ata una con otra dos voluntades.

El primer lazo entre el alma y Dios, se formó en el *bautismo* por aquellas formales palabras pronunciadas en nuestro nombre; palabras que más tarde, y de todo corazón, hemos renovado y ratificado: *Renuncio al demonio, y me uno á Dios para siempre.*

Como este *lazo* deja cierta libertad, de que fácilmente abusamos, les ha parecido á algunas almas que debían, según el consejo de Jesucristo, *unirse de nuevo* á Dios, y han hecho con Dios un nuevo contrato que añade algo al antiguo, y las fuerza á ser totalmente de Dios. Las palabras de este nuevo contrato dictadas por la Iglesia, intérprete de la voluntad de Jesucristo y garante de sus promesas, son los *tres votos de religión*.

Nada más preciso y más formal que las palabras de este contrato; expresan con claridad lo que quiere el alma deseosa *de ser de Dios, de servir á Dios, de glorificar á Dios*, y esto *para siempre*. No hay manera de dar dos explicaciones á esta fórmula tan sencilla: hago voto de *obediencia, de pobreza, de castidad*.

Nada *más voluntario y más libre* que este contrato; se ha hecho en una edad en que el desarrollo de la razón era muy capaz de comprender toda la extensión de este compromiso; se ha hecho con *reflexión*, después de haber estudiado el valor de los términos, su extensión, su duración; después de un *ensayo* de un año á lo menos, durante el cual se han practicado las obligaciones de este contrato; *en medio de personas* que cumplían las obligaciones de este contrato, y que estaban encargadas, no sólo de dirigirnos en el cumplimiento de estas obligaciones, sino también de no permitirnos contraerlas si hubiesen creído percibir, ó exaltación en nuestra imaginación, ó tibieza en nuestra voluntad, ó motivo natural en nuestro deseo.

Nada *más completo* que el dón hecho por medio de este contrato: por la *castidad* se despojan el corazón y los sentidos de todo lo que *podría* empañar, aun ligeramente, su pureza y hacerlos menos agradables á Dios; por la *obediencia* se despoja la voluntad de ese espíritu propio que le quitaría la docilidad necesaria para obedecer á sus superiores y ser empleada en lo que ellos juzgan más útil para la gloria de Dios; por la *pobreza* se despoja el espíritu de las preocupaciones materiales, á fin de dejarlo más libre para ocuparse en las cosas de Dios.

El que de esta manera se ofrece y entrega á otro, ¿podría hacerlo sin *amarle*? Y tal contrato, ¿no es un compromiso formal *de amar* á aquel con quien se hace?

Si en nuestro corazón se fuera amortiguando el sentimiento que nos ha inducido á darnos á Dios, bastaría recordar *este contrato*, que bajo ningún pretexto podemos ya romper, para decir: *Me he obligado á amar á Dios; amar á Dios ó ser perjuro*.

Dios, por su parte, se ha comprometido, no sólo, como lo hace con el alma cristiana después del bautismo, á no permitir que seamos tentados más de lo que permiten nuestras fuerzas, sino también á venir en nuestro auxilio siempre que le llamemos, á perdonarnos siempre que le pidamos perdón sinceramente, á darnos nuestro pan de cada día.... Dios se ha impuesto obligaciones al tenor de nuestra donación; nosotros nada nos hemos reservado: El nada se reserva; nos hemos dado enteramente á él; El se nos da enteramente.

Ved cómo recibimos en este mundo el céntuplo de lo que hemos dejado. Hemos renunciado á los *placeres del corazón*, y Dios hace que esos placeres los encontremos en una familia en donde todavía podrán decir con emoción nuestros labios: *¡Madre mía! ¡Hermanas mías!* Nos los hace sentir más vivos á los pies del Tabernáculo, en donde Jesús se muestra más tierno, más afectuoso, más comunicativo; nos los hace probar hasta en los padecimientos, cuyo valor nos permite comprender; padecimientos que aceptamos con gusto porque nos hacen semejantes á Jesucristo, y que algunas veces hasta los llegamos á desear.

Hemos dejado *bienes terrenos*, y El hace que encontremos, sin inquietud y en abundancia, lo necesario á la vida, que proporciona más bienestar que lo superfluo, tan vivamente deseado, para ser muy pronto insoportable carga.

¡Y después en el cielo! ¡Ah! Si hay alguna recompensa que haga palpar el corazón del cristiano fiel, ¡cómo debe saltar de gozo, al acordarse del cielo, el corazón de la religiosa! A ella, que ha *dejado á su padre, á su madre, á sus hermanos, sus tierras, por seguir á Jesús*; á ella se le ha prometido formalmente *la vida eterna*.

Ahora una sencilla reflexión.

Las ventajas de ese contrato aceptado por Dios, todas son para *la religiosa*, porque, después de todo, Dios no tiene necesidad de ninguna de sus criaturas; y esa tan paternal condescendencia de Dios en llamarte á su servicio, en aceptar tus promesas, en correspon-

derte con las tuyas, ¿no exige reconocimiento y amor?

Y ¿no conoces que, si no amaras á Dios, caería sobre ti, para aplastarte por toda la eternidad, esta enérgica maldición de San Pablo: *Si alguno no ama á Jesucristo, sea anatema!*

ARTÍCULO 2.º

Carácter del amor que debemos á Dios.

Una sola palabra puede hacer comprender el verdadero carácter del amor que debe á Dios *la religiosa*, la palabra *docilidad*; palabra que expresa de una manera más enérgica y más apropiada al fin de la vida religiosa, la idea cristiana de la palabra *abnegación* (1).

(1) Parécenos que esta palabra resume prácticamente los diferentes caracteres que los autores reconocen en el amor debido á Dios. La Madre Chaugy habla así de santa Chantal: «El amor de esta bienaventurada madre era un amor *generosísimo*, desprendido, independiente de todos los gustos, sentimientos y placeres espirituales; amor *valeroso* para emprender grandes cosas por la gloria de Dios; amor *constante* en medio de la duración de los trabajos; amor *osado* en las dificultades; amor *sumiso* en las adversidades; amor siempre *unido* á la voluntad divina; amor *prudente y discreto*; amor *desprendido y desinteresado*; amor que la hacía vivir *completamente abandonada* á la Providencia; amor de sencilla *confianza*; amor de *esposa y de hija* que subsistía firmísimo y purísimo, y como conaturalizado con un temor casto y filial; amor *humilde* que la llevaba hasta el anonadamiento de sí misma para ensalzar á su Amado; amor que la había constituido en *perfecto olvido* de sí misma por el continuo recuerdo de Dios; amor de *conformidad* que la hacía regocijarse de:

Puesto que la religiosa se ha dado enteramente á Dios, Dios es *el propietario* de todo su sér.

Si Dios es *el propietario* de esta alma, puede *servirse* de ella para utilizarla en todo lo que pueda contribuir á su gloria.

Ahora bien: para que Dios pueda servirse del alma que se le ha entregado, es preciso que esa alma esté en sus manos como un *instrumento* fácil de manejar, dispuesto á prestarse á todos los deseos del dueño, doblándose, plegándose, enderezándose, moviéndose, parándose, dejándose transportar de acá para allá sin oponer ninguna resistencia.

Ved, almas consagradas á Dios, según estas pocas líneas, qué horizonte se abre ante vuestros ojos:

Dios, *dueño* que tiene derecho á pedirnos lo que juzga bueno para contribuir á su gloria.

Vosotras, *siervas* que tenéis obligación de

imitar á Jesucristo en su perfecta desnudez, de vivir entre angustias sobre el Calvario, desamparada sobre la cruz, no gustando más que hiel y vinagre en su interior, y algunas veces exteriormente innumerables desprecios y contradicciones. En resumen: este santo amor la hizo perseverar hasta el fin con una fidelidad siempre creciente en el servicio de Dios.»

¿No es todo esto la consecuencia del *dón completo* que el alma ha hecho de sí misma al Dios á quien ama, y cuyo amor tiene por carácter la *docilidad*?

Ser dócil, como lo recomienda san Francisco de Sales tan á menudo, es *doblegarse á todo y á todos*. Es tener en el carácter esa especie de blandura, fluidez, ductilidad que tiene el agua para adaptarse, sin estrépito y sin violencia, á la forma de todos los vasos en que se deposita, sin perder nada de su limpieza y claridad.

obedecerle siempre, de aceptar el empleo á que os destine, dejarlo ó volver á tomarlo según su voluntad; de morir, si así lo desea, en el caso de que ese empleo llegue á ser superior á vuestras fuerzas.

Dios, *obrero* que tiene el derecho de hacer por medio de vosotras, y con vosotras, todo lo que quiera.

Vosotras, *instrumentos* que tenéis la obligación de no oponer jamás resistencia, ni por el tiempo, ni por el mismo trabajo, ni por el modo del trabajo, ni por el lugar del trabajo; y que os debéis *gastar* hasta el último momento de vuestra vida.

Dios, *propietario* que tiene derecho sobre todo vuestro sér.

Vosotras *entregadas á El*, que tenéis obligación de dejaros tratar como El lo juzgue útil á sus designios. Por ejemplo, Dios puede querer que unas almas *expien* por otras; entonces podrá hacer de vosotras *victimias* por las torturas del corazón, y vosotras, que sois *suyas*, aceptaréis estos padecimientos en silencio y aun con gozo.

¡Oh! No hay duda que esto sería horrible sujeción si no nos pusiera bajo la dependencia *del sér sabio y bueno* por excelencia, en una palabra, de Dios; mas bajo la dependencia de Dios, de Dios, á quien amas y de quien eres amada, ¿hay algo que temer?

Ante todo, vamos á decir *las exigencias ordinarias* de este buen amo, y luego manifestaremos cómo El mismo las hace fáciles.

I

1. Dios quiere que *no nos entregemos á las cosas exteriores* de manera que perdamos de vista que El es dueño de cuanto sucede y, sobre todo, de nuestro corazón. Apliquemos en hora buena toda nuestra inteligencia, toda nuestra industria, toda nuestra actividad, en llenar cada uno de los deberes que nos exige la regla de la comunidad y el empleo que se nos ha confiado; desempeñemos ese empleo con fidelidad, minuciosa y completamente; dejemos también que se abra nuestro corazón á los sentimientos del amor, del reconocimiento y de la compasión, pero no perdamos de vista la dulce mirada de Dios, que está fija sobre cada uno de nosotros, y que nos sigue con la solicitud y aun la celosa ternura de la madre, siempre temerosa de que su hija no la quiera un poco menos. Estar así bajo la mirada de Dios, no es muy difícil cuando se ama á Dios; la oración de la mañana, fiel y afectuosamente hecha, conduce poco á poco á este recogimiento.

2. Dios quiere que *no resistamos jamás á la gracia* que nos impulsa á cumplir un deber de caridad, á practicar un acto de obediencia, á aceptar humildemente una palabra ó un suceso desagradable, y sobre todo, á evitar una falta ó una ocasión de faltar.

3. Dios quiere que *aceptemos, sin perder la paz de nuestra alma*, el estado en que nos pone: *estado de enfermedad, estado de humillación, estado de desgracia, estado de nulidad.*

Quiere que hagamos exteriormente lo que es razonable para desahogarnos ó para justificarnos; pero si nuestros esfuerzos resultan inútiles, quiere que le bendigamos siempre y que le amemos siempre.

4. Dios quiere que *seamos fieles en servirle* según la medida de nuestras fuerzas, cumpliendo sencillamente nuestros deberes de cada hora, sin preocupación por la hora que sigue, sin inquietud por la que acaba de pasar. Quiere, sobre todo, que confiemos en su misericordia infinita para perdonarnos y para ayudarnos, y que vivamos siempre tranquilos.

5. Dios quiere que *no pongamos límites á nuestra abnegación*. No digamos, pues, jamás en nuestro interior: *nunca podré hacer tal sacrificio; jamás podré aceptar tal cargo; jamás podré resolverme á tal renuncia*. Sólo una alma cobardé y sin amor puede hablar así. Si Dios quiere ese sacrificio, ¿no me dará la fuerza necesaria para hacerlo? Si permite que se me encargue tal empleo, ¿no me dará el saber de que necesito para desempeñarlo?

6. Dios quiere que *antepongamos á todos nuestros gustos, á todas nuestras aficiones, y aun á todas nuestras devociones particulares, las órdenes que nos dan nuestros superiores*. Así, pues, debemos dejar nuestros rezos comenzados, y salir de la capilla para hacer un trabajo que se nos manda, aun cuando ese trabajo nos disguste; debemos cambiar la hora de nuestra meditación ó abreviarla, cambiar el día de comunión, y aun dejar la santa comunión, si nuestra superiora cree que debe exigirlo. Y

si á nuestros labios asoma un murmullo ó una queja, bien podemos decir que aun no somos *dóciles*.

7. Dios quiere, por fin, que en sus manos divinas, ó más bien en las manos de nuestros superiores, en quienes ha depositado su autoridad, seamos, según expresión de los santos, *como corderos* que obedecen ciegamente al pastor, se dejan conducir sin reflexión, le siguen sin cuidarse de saber adónde van, andan ó se detienen sin preguntar el porqué.

Como un *cuerpo sin vida* que nada desea, no se queja, se queda quieto en donde se le coloca y se contenta con lo que le dan.

Como un *palo* que se deja llevar á todas partes adonde se quiere, que se deja emplear en todo lo que se quiere, que pasa á las manos de quien se quiere.

Con esta diferencia: que si el cordero, el cadáver y el palo son puramente pasivos, vosotros que comprendéis, que veís, que sentís, debéis someter plenamente vuestro juicio y vuestra manera de ver á los que tienen autoridad sobre vosotras.

Leed las páginas siguientes, escritas por una persona consagrada á Dios como vosotras. Al principio os parecerán escritas cabalmente en esas horas de fervor, durante las cuales el corazón, lleno de amor, no encuentra nada imposible; mas, leídas despacio en el silencio tranquilo de la meditación, hallaréis en ellas la expresión del deber de una *alma consagrada á Dios por amor*; que, por lo mismo, ya no se pertenece y se entrega *dócil* en las manos pater-

nales de su dueño. Por lo demás, viene á ser comentario de estas palabras de Jesucristo á su Padre: *Heme aquí para hacer vuestra santa voluntad*.

Es un diálogo entre Jesús y el alma:

«¿Me entregas totalmente y sin retorno tu corazón, tu alma, tu entendimiento, tu voluntad, tu cuerpo, todo tu sér y todas tus facultades, para que yo disponga de ello soberanamente y según mi gusto?»

Sí, Señor, con vuestra gracia, así lo quiero.

«¿Consientes en someterte á mi voluntad de tal manera que nada en el mundo sea capaz de arredrarte cuando se trate de ejecutar desde las más pequeñas hasta las más grandes cosas, siempre, por supuesto, con la aprobación de tus superiores?»

Sí, Señor, consiento con toda mi alma; pero dadme la gracia de la fidelidad.

«¿Consientes en padecer todas las penas que á mí me plazca, sea en tu corazón, sea en tu espíritu, sea en tu cuerpo?»

Sí, Señor, consiento, esperando de vuestra misericordia la fuerza que para ello necesito.

«¿Consientes, sobre todo, en padecer toda clase de penas interiores: tentaciones de toda especie, tristeza, disgustos, tedio, desolaciones del corazón, aflicciones del espíritu, temores, alarmas, decepciones, abandono, sequedades, arideces, rebeldías de la naturaleza, cosas todas que tanto te asustan, y que no puedes sufrirlas sin mucha repugnancia? Dime, hija mía, ¿consientes en padecer todo esto?»

¡Ay! A pesar del espanto que al pensarlo

hiela mi corazón, sí, Señor, consiento y pongo en vos toda mi esperanza.

«¿Consientes en verte despreciada, abandonada, deshonrada, cubierta de ignominia y el blanco del oprobio público como yo mismo lo fui?»

Sí, Señor, consiento con todo mi corazón.

«¿Consientes en sufrir injurias, ultrajes, los más duros tratamientos por parte de tus mejores amigos y de aquellos por quienes más hicieres y más sufrieres?»

Sí, Señor, consiento.

«¿Consientes en oír calificar de locura y extravagancia tus más santas empresas y tus más loables deseos?»

Sí, Señor, consiento; mas ¡ay!, que el oprobio recaiga sobre mí sola y no sobre vos.

«¿Consientes en ver tu conducta interior y exterior, aunque gobernada y regulada enteramente por mí mismo, en verla, digo, calumniada, denigrada, condenada y cubierta de un odioso barniz por la malicia y la celosa envidia?»

Sí, Señor, consiento, con tal que siempre esté sumisa á mis superiores, ¿qué más necesito?»

«¿Consientes en verte abandonada de tus mejores amigos, aun de aquellos con cuyo afecto, sostén y fidelidad podías contar mejor?»

Vos, mi buen Maestro, que descubriste todos los pliegues de mi corazón, vos veis lo que padece en este momento; sin embargo, si tal es vuestro gusto, si es preciso que sufra todo eso por vuestro amor, ¡ah!, consiento con todo mi corazón: lo que me atrevo á pedir es que

me conservéis siempre *el espíritu de respeto* para con mis superiores, *el espíritu de caridad* para con los que no me quieran, *el espíritu de humildad* para desconfiar de todas mis ideas.

«¿Consientes en ver las empresas más contrarias á las tuyas seguidas de un éxito brillante, mientras que las tuyas, aunque sugeridas por tu Dios, son desatendidas y despreciadas?»

¡Ah, Señor! También consiento si tal es vuestra adorable voluntad.

«¿Consientes en sufrir continuamente y sin alivio, sea los padecimientos del cuerpo, sea las penas del espíritu, sea las aflicciones exteriores, y á menudo todo esto á la vez?»

Sí, Señor, consiento.

«¿Consientes en verte en medio de estas penas que acabo de indicarte, agobiada de trabajos y fatigas, privada del más indispensable descanso, del más necesario alimento, desprovista de todo consuelo y apoyo sensible, privada de toda satisfacción, de todo contento, de todo placer, de todos los bienes exteriores y sensibles?»

¡Ah, Jesús mío! Si os tengo á vos, si siento en mí misma y profeso siempre la sumisión más rendida á las enseñanzas de vuestra Iglesia y á la palabra de mis superiores, ¿qué más quiero? Sí, consiento en perder todo lo demás.

Siendo vos *mi dueño y Señor*, ¿necesitáis por ventura pedir mi consentimiento?

Y si este consentimiento que me pedís, Jesús mío, os lo doy con tanta alegría, ¿no es porque sé que sois *mi Padre*, y que un *padre*, aun cuando castiga, es siempre *bueno*?»

He aquí las disposiciones de una alma que ama á Dios, y que es dócil en las manos de Dios; de una alma que sencillamente y sin arrogancia, pero con calma y firmeza, puede decir con san Pablo: «¿Quién me apartará del amor á Jesucristo? ¿Acaso la aflicción, las angustias, la persecución, el hambre, la privación de todo, los peligros, el hierro, la violencia?..... No, no; puedo decir con seguridad que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las potestades, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni las violencias, ni lo más alto, ni lo más profundo, ni criatura alguna podrá jamás apartarme del amor de Dios en Jesucristo Nuestro Señor» (1).

II

Si Dios es vuestro *dueño* y os ha elegido por *siervas* suyas, es porque quiere servirse de vosotras.

Si Dios quiere servirse de vosotras, está *obligado* á surtir os de todo lo necesario para el trabajo á que os destina y por todo el tiempo que lo exija: *inteligencia* para comprender; *fuerza* para resistir á la fatiga, al cansancio y al disgusto; *energía* para continuar hasta el fin; *paciencia* para esperar el buen éxito á su tiempo, ó para no abatirse cuando no se logra; *esbiritu de fe* para referirlo todo á Dios.

Si Dios quiere servirse de vosotras, está *obligado á cuidar* de vuestra salud y de vues-

(1) Rom., cap. VIII, 35 á 39.

tra alma, á poner una y otra en el estado que sea más útil á su gloria, y á no dejarlas nunca sin socorro.

Este pensamiento sencillamente enunciado, y meditado piadosamente delante del Santísimo Sacramento, llena el alma de paz, de confianza, y la induce á ponerse completamente en manos de Dios.

¿Creéis que si Dios viera que no podíais hacer *tal trabajo*, permitiría que os lo impusiesen?

¿Creéis que, si Dios viera que *en tal parte* estaría en gran peligro vuestra salvación, permitiría que os enviase allí?

¡Ah! ¡si supiérais cómo Dios manda á vuestros superiores que os amen, que os protejan, que no os carguen demasiado, que cuiden de que nada os falte ni para el alma ni para el cuerpo! Y cuando vuestros superiores son negligentes en daros lo que deben, ¿cómo lo suple El mismo con gracias extraordinarias!

Estad bien convencidas de que la voluntad de Dios hace posible todo lo que ordena, porque junta siempre á su mandamiento los medios de cumplirlo. Dios sería *injusto* si, cuando manifiesta querer alguna cosa, no diera los auxilios necesarios.

No os turbéis, pues, al leer ciertos actos heroicos practicados por los santos, y no digáis: «Yo no podría hacer eso.» Si Dios os lo pidiera, os daría la fuerza que dió á esos santos. ¿Creéis que eran de otra naturaleza diferente de la vuestra? Estaban *más unidos á Dios y más entregados á El*; he aquí el secreto.

